

Diálogos entre movilidad social y género: un abordaje conceptual

Manuel Riveiro

IIGG – Becario CONICET

manox3@gmail.com

Esta presentación intenta empezar a establecer una serie de diálogos entre las teorías de la movilidad social y la teoría del género. Suelen ser teorías, en líneas generales, trabajan en paralelo, no se cruzan. Al mismo tiempo, se trata de tradiciones de investigación donde la tensión entre desarrollo teórico e investigación empírica se expresa de manera polar. Mientras que el campo de la movilidad social ha conocido un desarrollo empírico muy avanzado, su desarrollo teórico es menos profuso (Ganzeboom, Treiman, y Ultee, 1991; Goldthorpe, 2007), y en el campo del estudio del género, ha primado el desarrollo teórico por sobre su puesta a prueba en la investigación empírica. Esto no quiere decir que no haya un gran trabajo de investigación empírica en el estudio de género y la sexualidad, pero que los mismos no se articulan, colaboran con el desarrollo teórico de una tradición de investigación en particular. Más allá de dar cuenta de cierta ubicación biográfica de este trabajo, se pretende ubicar al mismo en un problema de investigación particular: ¿qué papel juega el género en la movilidad social intergeneracional en la Argentina reciente? En este sentido, este trabajo se realiza en el intento de empezar lo que, con mucho trabajo y suerte, terminará siendo el marco teórico de mi tesis de doctorado.

Excede a este trabajo hacer una referencia a la situación *particular* de la teoría de género y movilidad social en América Latina y Argentina. No sólo por el menor desarrollo en materia de teoría de género y en especial de teoría de la movilidad social, sino porque los desarrollos teóricos más fecundos de ambas tradiciones de investigación no están determinados territorialmente, sino que circulan y se producen a nivel internacional.

Se presentan a continuación algunos desarrollos conceptuales sobre la movilidad social y luego sobre el género. Con estas definiciones como telón de fondo, se buscan caracterizar algunos puntos de diálogo existentes entre los conceptos mencionados, especialmente, a partir de la incorporación de la mujer en los estudios de movilidad social intergeneracional. Cierran la presentación unas consideraciones finales sobre el trabajo realizado.

Movilidad social

Este apartado busca dar cuenta de los principales desarrollos teóricos en torno al estudio de la movilidad social. Una forma de presentar el desarrollo de la teoría de la movilidad social va de la mano de ligarla al desarrollo disciplinar que trazan Ganzeboom, Treiman, y Ultee (1991) y Treiman y Ganzeboom, (2000). De todas formas, es importante destacar que cuando se habla de movilidad social a secas se suele referir a la movilidad social intergeneracional, dejando de lado el estudio de otros tipos de “movilidades sociales” menos exploradas, como ser la movilidad matrimonial, la movilidad social intrageneracional, etc.

Sintéticamente, Ganzeboom, Treiman y Ultee (1991) retoman una distinción de tres generaciones en los estudios de estratificación intergeneracional¹. Una primera generación, posterior a la segunda guerra mundial, donde se expande el interés por la movilidad social intergeneracional a un grupo de investigadores (Glass, Lipset, Bendix, Miller), que, con escaso refinamiento estadístico y limitaciones en la calidad de los datos, buscan probar a nivel comparativo una serie de hipótesis (la convergencia de los perfiles de movilidad social y de las jerarquías de prestigio ocupacional, con importante movilidad ascendente, a nivel internacional mediante la pérdida del peso de la adscripción, la mayores tasas de movilidad en los países industrializados que en los no industrializados, el efecto estabilizador para la democracia liberal de la movilidad social). Erikson y Goldthorpe (1992, pp. 3–8) ubican estas tesis como parte integrante de la teoría liberal del industrialismo, de inspiración funcionalista.² Una segunda generación, que, comenzando a fines de la década de los sesenta, desarrolla un giro metodológico, tanto en la técnica de análisis (centrándose en el análisis de camino, una forma de regresión múltiple) y en la mejora de la calidad de los datos, partiendo del trabajo de (Blau y Duncan, (1967). El enfoque teórico se corre de las tasas de movilidad social intergeneracional a medir los efectos directos e indirectos en la adquisición de status socioeconómico (o bien, de prestigio ocupacional). Sin embargo, coinciden con la primera generación en probar la hipótesis del menor peso de la adscripción en la obtención de los destinos ocupacionales. Una tercera generación surge a mediados de los setentas, marcada por un desarrollo comparativo basado en grandes encuestas nacionales, con datos de muy buena calidad, y un desarrollo metodológico formidable, centrado los modelos log-lineales, que permite, entre otras cosas, distinguir entre la llamada movilidad absoluta y la movilidad relativa (centrando su interés en la segunda, en tanto que patrón de fluidez social). Un punto de generación de buena parte de la investigación surge del proyecto CASMIN

1 Para una historización similar para América Latina, ver Franco, León y Atria, (2007)

2 Para una fundada crítica a la definición funcionalista de la movilidad social Cachón Rodríguez, (1989)

(*Comparative Analysis of Social Mobility in Industrial Nations*), dirigido por John Goldthorpe y Walter Müller, que tiene como hito *The Constant Flux* (Erikson y Goldthorpe, 1992). Según Ganzeboom, Treiman y Ultee (1991, p.p. 287-288), este proyecto alcanza tres resultados sustantivos: un esquema común de clases sociales, conocido como EGP (por Erikson, Goldthorpe y Portocarero), un modelo teórico común para medir la fluidez social (llamado modelo núcleo, o *core model*) y dos conclusiones: la fuerza de los efectos de herencia y sector a la hora de explicar la movilidad social relativa y que esta movilidad no difiere mucho entre países y períodos. Sin embargo, estos mismos autores señalan un recorte de los problemas de investigación de la estratificación social intergeneracional al problema de la fluidez social en tanto que movilidad relativa.³ Por otro lado, una cuarta generación (propia de la década de los noventa) estaría basada en la constitución de nuevos proyectos internacionales comparativos (como el proyecto comparativo de Estructura de clase y conciencia de clase, promovida por Wright, o el *International Social Survey Program*, ISSP), así como algunos desarrollos metodológicos. De todas formas, compilaciones como *Social Mobility in Europe* (Breen, 2005) e *Y sin embargo se mueve: estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina* (Solís y Boado, 2014) dan cuenta que el movimiento iniciado por la denominada tercera generación no está agotado.

En base a esta descripción, presento a continuación dos elementos que se aparecen como centrales en la obra de John H. Goldthorpe. Por un lado, su esquema de clases sociales ya mencionado, EGP. Por otro lado, su esbozo de teoría sobre la movilidad social. Para ambas descripciones, nos centraremos en *De la sociología. Números, narrativas e integración de la investigación y la teoría* (Goldthorpe, 2010). Preocupado por la validez de constructo del esquema, el autor ubica en la teoría de la acción racional y en la nueva economía institucional los mejores fundamentos teóricos para explicar el esquema de clases sociales que viene desarrollando hace tres décadas. “La economía de la organización y de los costes de transacción en la que me inspiro sugiere dos grandes dimensiones en función de qué problemas potenciales –o fuentes de “riesgo contractual”– se puede identificar desde el punto de vista del empleador (...) 1. el grado de dificultad implicado en monitorizar el trabajo que realizan los empleados (...) 2. Y el grado de especificidad de los activos humanos o capital humano” (Goldthorpe, 2010, p. 371). De esta manera, y en función de categoría ocupacional (empleador, autónomo y empleado), “el principal contraste se constituye en las relaciones de empleo “entre, por un lado, el ‘contrato de trabajo’, supuesto comúnmente para los casos de trabajadores manuales y

³ Para un repaso breve y crítico sobre los resultados del proyecto CASMIN y de la obra de Goldthorpe, Crompton (1994, pp. 89-96).

no manuales de bajo grado, y, por otro lado, de la ‘relación de servicio’ expresada en el tipo de contrato común para los empleados profesionales y directivos de las burocracias organizativas, públicas y privadas” encontrando así mismo una serie de “formas mixtas” entre ambas relaciones de empleo (Goldthorpe, 2010, p. 365). Se generan así tres grandes posiciones de clase social: clase de servicios, clases intermedias y clase trabajadora.⁴

En cuanto a su “Esbozo de una teoría de la movilidad social” (capítulo siete de la segunda parte de *De la sociología*), Goldthorpe sostiene que “la investigación reciente también indica claramente que, en la medida en que la variación de las tasas absolutas [de movilidad] no se puede considerar sistemática, habrá que proporcionar explicaciones de esa variación, tanto en el tiempo como en el espacio, en términos más bien históricos y específicos que teóricos y generales” (p. 425). Repasando la teoría funcionalista de la movilidad social, procede a esbozar “estrategias de movilidad”, “cursos de acción que siguen los individuos de diferentes orígenes de clase, típicamente, aunque no siempre, junto a sus familias de origen, en su trayectoria hasta llegar finalmente a su clase de destino” (p. 432). En estas estrategias, los individuos obtienen recursos diferenciales por clase social (además de los ingresos promedios, seguridad económica, estabilidad económica y mejores perspectivas económicas) y, como supuesto, tienen todos una meta básica y común: evitar la movilidad social descendente (p. 432-437). En función de su posición en la estructura de clases, Goldthorpe considera dos tipos de estrategias de movilidad: “desde abajo” (propias de las clases trabajadoras e intermedias) y “desde arriba” (desde la clase de servicios), donde el logro educativo y los recursos “adscriptos” se combinan de manera particular. Por ejemplo: “en el caso de las estrategias desde arriba es más claro que en el de las estrategias desde abajo que el logro educativo es el camino más seguro y potencialmente efectivo” (p. 440).⁵

Fuera de la teorización de Goldthorpe, requiere un estudio particular el trabajo de Pierre Bourdieu sobre la movilidad social. Sin embargo, como señala en Gutiérrez(2011), Bourdieu incorpora tanto en su definición de clase social construida como de espacio social la noción de evolución histórica, trayectoria subsumiendo a la movilidad social a estas definiciones.

4 Como otras formas de medir la clase social, este esquema se basa en la estructura ocupacional (Crompton, 1994, p. cap 4). El esquema ha sido validado en diversas oportunidades (Evans, 1996; Evans y Mills, 1998; Evans, 1998; Goldthorpe y McKnight, 2004).

5 Complementario a este “esbozo de teoría” sobre la movilidad social, se encuentra una teoría de la persistencia diferenciales educativos por clase social, en co-autoría con Breen, mucho más desarrollada. Ver capítulos 2, 3 y 4 de Goldthorpe (2010).

Sexo y género⁶

La introducción conceptual sobre género propuesta por Mattio(2012) ofrece, a mi entender, un buen camino para comprender el desarrollo del concepto de género, camino que truncaremos en algunos aspectos de la obra de Judith Butler, sin incorporar aportes posteriores que realizan autor@s como Beatriz Preciado o Mauro Cabral. Esto queda pendiente para próximos trabajos.

Años después de la segunda guerra mundial, en 1949 De Beauvoir publica *El Segundo Sexo*. Desde una mirada existencialista, escribe el célebre pasaje “No se nace mujer: llega una a serlo. Ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; la civilización en conjunto es quien ha elaborado ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino. Sólo la mediación de un ajeno puede constituir a un individuo en Otro” (De Beauvoir, 1972, p. 12). Este pasaje constituye una de las cabales denuncias a la búsqueda de una esencia femenina, construcción que ancla las desigualdades entre los sexos en fenómenos externos a estas relaciones: la biología, la economía, la psicología, etc.⁷

La distinción en la obra de De Beauvoir entre el sexo (hembra) y el género (femenino), es retomada un cuarto de siglo después (1975), y bien instalada la segunda ola del movimiento feminista, por Gayle Rubin(1986). Parfraseando a Marx, declara “Una mujer es una mujer. Sólo se convierte en doméstica, esposa, mercancía, conejito de Playboy, prostituta o dictáfono humano en determinadas relaciones” (p. 96), definiendo esas relaciones como sistema de sexo/género, “es el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (p. 97). Joan Scott articula esta perspectiva para la investigación historiográfica, y que tiene fuerte recepción en la sociología (por ejemplo, Ariza y de Oliveira, 1999). “Mi definición de género tiene dos partes y varias subpartes. Están interrelacionadas pero deben ser analíticamente distintas. El núcleo de la definición reposa sobre una conexión integral entre dos proposiciones: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1993, pp. 34–35). Dentro de las

⁶ Esta sección de la ponencia se nutre de lecturas y discusiones llevadas a cabo en dos seminarios del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA, “Izquierdas, género y sexualidad. De los socialismos utópicos a las teorías queer” dictado por Laura Fernández Cordero y “Pensamiento y Política Feminista latinoamericana”, dictado por Vanesa Vázquez Laba y Marta Vassallo.

⁷ Vale la pena recordar la frase de Freud “La anatomía es el destino”. Para una discusión al respecto, Meler (2003).

subpartes, la autora menciona los símbolos culturales, los conceptos normativos, las instituciones y organizaciones sociales (tales como el parentesco, el mercado de trabajo, la educación, la política, etc.) y la identidad subjetiva. (pp.35-26), definiendo como histórica (contingente), la relación entre estas cuatro subpartes. En una segunda parte, Scott declara que “el esquema que ofrecido para el proceso de construcción genérica puede usarse también para discutir las cuestiones de clase, raza, etnicidad o cualquier proceso social (...) Mi teorización del género se desarrolla partiendo de que el género es una manera primaria para significar a las relaciones de poder (...) [E]l concepto del poder, aunque puede ser construido por medio del género, no se refiere literalmente al género mismo” (p. 37). Entonces la propuesta de la autora, descansando en una posición teórica cercana al postestructuralismo francés (p. 23), cuenta con dos apoyos conceptuales: el género como relación social basada en la diferencia sexual y el género como relación de poder.⁸ Con este doble sentido, el feminismo de la segunda ola se asienta en la academia y empieza a producir, mediante los *Women's Studies*, su desarrollo teórico-político en las décadas del 70 y 80.

Resulta imprescindible incorporar el aporte de Michel Foucault para comprender el posterior desarrollo del concepto de género. Como señala (Butler, 2007, p. 198) “En lugar del “sexo” como la causa continua y original y la significación de los placeres corporales, [Foucault] presenta la “sexualidad” como un sistema histórico abierto y complejo de discurso y poder que genera el término equivocado de “sexo” como parte de una táctica para esconder y, por lo tanto, mantener las relaciones de poder”. El sexo no sólo aparece desnaturalizado e históricamente construido, sino que también aparece como producto de esas relaciones de poder denominadas sexualidad. “La sexualidad no es algo dado, es un producto de la negociación, de la pelea y la agencia humana” (Weeks, 2005, p. 18).

En 1990, Butler propone desarticular el “orden obligatorio” entre sexos biológicos y géneros sociales y culturales, y el corolario de deseos necesariamente heterosexual. “La hipótesis de

⁸ O bien puede pensarse una tensión entre una definición menos centrada en la diferencia sexual (“Las fronteras del género, al igual que las de clase, se trazan para servir una gran variedad de funciones políticas, económicas y sociales. Estas fronteras son a menudo movibles y negociables” (Conway, Bourquey Scott, 2000, p. 24) y una más centrada en la diferencia sexual (“Los sistemas de género, sin importar su periodo histórico, son sistemas binarios que oponen el hombre a la mujer, lo masculino a lo femenino, y esto, por lo general, no en un plan de igualdad sino en un orden jerárquico” (p.32). Esta tensión puede deberse a su interés por la intervenir política y académicamente en la historia como disciplina y el “desgaste” que ha sufrido el género como categoría en dicha intervención. “El género parecía ser la mejor manera de cumplir el objetivo de las historias de las mujeres en la década de los setenta: arrastrar a las mujeres desde los márgenes hasta el mismo centro de la historia y, durante este proceso, transformar el modo en que se había escrito la historia (...) En nuestros días, el género es un término que ha perdido su filo crítico” (Scott, 2011, pp. 14–15)

un sistema binario de géneros sostiene de manera implícita la idea de una relación mimética entre sexo y género, en el cual el género refleja al sexo o, de lo contrario, está limitado por él” (Butler, 2007, p. 54), siendo que, en un enfoque claramente deudor de Foucault, “esta producción del sexo como lo prediscursivo debe entenderse como el resultado del aparato de construcción cultural nombrado por el género” (p. 56). Como contrapunto sobre esta última postura, marca (Femenías, 2003, p. 190) que “en su afán meritorio de desnaturalizar los constructos sociales, su concepción pierde anclaje en lo que de “natural” (con todos los recaudos el caso) tenga el mundo que nos rodea”.

Butler piensa al género como “la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas –dentro de un marco regular muy estricto– que se inmoviliza con el tiempo para crear la apariencia de una sustancia, de una especie natural del ser” (p. 98), “esa identidad [de género] se construye performativamente por las mismas “expresiones” que, al parecer, son resultado de ésta” (p. 85). “En vez de una identificación original que sirve como causa determinante, la identidad de género puede replantearse como una historia personal/cultural de significados ya asumidos, sujetos a un conjunto de prácticas imitativas que aluden lateralmente a otras imitaciones y que, de forma conjunta, crean la ilusión de un yo primario e interno con género o parodian el mecanismo de esa construcción” (2007, pp. 270).

Un lugar central en su planteo de ordenamiento de ocupa la matriz de inteligibilidad heterosexual, “una rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos” (p. 292).⁹“Esa producción disciplinaria del género estabiliza falsamente el género para favorecer los intereses de la construcción y regulación heterosexuales en el ámbito reproductivo. La construcción de la coherencia encubre las discontinuidades de género que están presentes en el contexto heterosexual, bisexual, gay y lésbico, en que el género no es obligatoriamente consecuencia del sexo, y el deseo, o la sexualidad en general, no parece ser la consecuencia directa del género; en realidad, donde ninguna de estas dimensiones de corporalidad significativa se manifiestan o reflejan una a otra” (2007, pp. 265-266).

La naturalidad y la esencia de la identidad “mujeres” quedan severamente cuestionada. Señala Femenías(2003, pp. 37–38) que “Butler abandona la noción de género, entendida como un modo de organización de las normas culturales pasadas y futuras y un modo de situarse uno

9 “La heterosexualización del deseo exige e instaura la producción de oposiciones discretas y asimétricas entre “femenino” y “masculino”, entendidos estos conceptos como atributos que designan “hombre” y “mujer” La matriz cultural –mediante la cual se ha inteligible la identidad de género– exige que algunos tipos de “identidades” no puedan “existir”: aquellas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son “consecuencias” ni del sexo ni del género” (Butler, 2007: 72)

mismo con respecto a ellas, en términos de un estilo activo de vivir el propio cuerpo en el mundo. Asume, en consecuencia, que sexo y género son intercambiables porque ambos dan cuenta de la incardinación [*embodiment*] de las marcas culturales”.

Mattio (2012: 89) plantea que los estudios de género contribuyeron a “desacralizar los roles sociales culturalmente asignados a varones y mujeres (...) El “ser mujer” –y por extensión, el “ser varón”– no puede ser entendido como una identidad “natural” o “incondicionada”, sino más bien como roles sociales culturalmente asignados, que por su carácter contingente son susceptibles de ser resignificados”. De la hembra feminizada de De Beauvoir al antiesencialismo contingente y performativo de Butler, el concepto de género sufre profundas transformaciones, pero no pierde su capacidad de interpelar las teorías y las interpretaciones de los datos. Como dice Sabsay “quizás la productividad del concepto se sustente, justamente, no en una cerrada coherencia monolítica, sino al contrario, en su rica y contradictoria multiplicidad. Podría pensarse que si es que el concepto aún funciona, es gracias al hecho de los feminismos siguen discutiendo qué es el género (...)” (Sabsay, 2011, p. 42, citado en Mattio, 2012: 99).

Diálogo sexistas entre movilidad social y género

En función de la investigación empírica sobre movilidad social (intergeneracional), podríamos distinguir tres etapas. Simultánea a la primera y segunda generación mencionada por Ganzeboom, Treiman y Ultee, presenciamos la reducción del estudio de la movilidad social a los varones. Varones que aparecen a la manera de Uno, universal, denunciado por De Beauvoir. Esta situación es denunciada por (Acker, 1973; Delphy, 1982).

Más por la presión de los nuevos tiempos políticos que por el incremento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo que se comienza a incorporar a las mujeres en los estudios de movilidad social. De nuevo, sin mucha definición por detrás. El mundo se divide (natural o estadísticamente) entre varones y mujeres. Incluso, definición mucho más próxima a una versión sustancialista del sexo que un posible acercamiento a definiciones como la Rubin o Scott. Destacados investigadores de la tercera generación sentaron posición al respecto de la introducción de la “mujer” en los estudios de estratificación social, posición que se mantiene, sin mayor modificación al día de hoy. Concluyendo un capítulo sobre la movilidad de clase social de las mujeres, Erikson y Goldthorpe señalan (1992, p. 277) “una explicación convincente de las desigualdades de género que parecer ser una característica común de las sociedades industriales modernas deberá ser desarrollada en su mayor parte fuera del alcance del análisis de clase, y, por la misma razón, la introducción de consideraciones de

género en el estudio de las inequidades de clase probará ser mucho menos revelador de que se ha puesto de moda suponer”. Por su lado, tres años después, Breen y Whelan (1995, p. 19-20) concluyen que las diferencias en la movilidad absoluta entre varones y mujeres se deben a la segregación ocupacional por género y se relacionan con la división sexual del trabajo dentro del hogar, mientras que en la movilidad relativa sólo hay una gran similitud (encontrando leves cambios en relación a la herencia de la clase de origen y en cuanto al origen pequeñoburgués). “Esto no debería ser tomado para proveer una justificación para la exclusión de las mujeres de los análisis de movilidad. Sugiere, sin embargo, que como Erikson y Goldthorpe (1992:253) han argumentado, cualquier explicación adecuada de las desventajas que sufren las mujeres como consecuencia de la segregación por género del mercado de trabajo y la falta de continuidad en sus historias laborales probablemente se desarrolle, en su mayoría, independientemente del análisis de clases” (p. 20). Una década después, Breen y Luijkx (2004, p. 73) encuentran que las “tendencias en la fluidez social son muy similares entre varones y mujeres, mostrando una tendencia extendida hacia mayor fluidez”, si bien se mantienen las diferencias en materia de movilidad absoluta.

Por su lado, Payney Abbott (1990) compilan una serie de trabajos sobre movilidad social de las mujeres y concluyen que “modelizar la movilidad social de las mujeres implica dar un paso atrás cada dos pasos adelante” (p. 159), en el sentido que “los problemas que experimentamos al intentar incorporar a las mujeres a los estudios de movilidad social, o justamente para estudiar la movilidad social de las mujeres, no se restringen a las mujeres. Son problemas que también encontramos al estudiar a los hombres, pero cuya importancia ha sido o bien menos obvia cuando la investigación se limitaba a los varones o han sido tratado como “temas menores”” (p. 174). En contraposición a Breen y Whelan, como Erikson y Goldthorpe, Payne y Abbot plantean que “la teoría de clases puede ser desarrollada plenamente sólo cuando se desarrollan metodologías y teorías que nos permitan incorporar varones y mujeres en nuestra investigación y desarrollar teorías para explicar todos nuestros resultados” (p. 174).

Hayes (1990) plantea un análisis novedoso. Centrándose en las mujeres, mide su movilidad intergeneracional, tomando como posición de clase social de origen la de madre e incorpora, tanto en origen como destino, a las amas de casa como posible posición de clase. Concluye que “la investigación de la movilidad social ya no puede seguir relegando a las mujeres a una posición de interés secundario o simplemente excluirlas por completo. Los preconceptos ideológicamente ingenuos no son una base sólida para la investigación empíricamente fundamentada. La inclusión, sin embargo, debe reflejar la vida de las mujeres. En otras

palabras, lo es que es necesario es una reelaboración radical de las prácticas convencionales del análisis de clases para tener en cuenta, no sólo el carácter segregado por género de la fuerza de trabajo australiana como conjunto, sino también la contribución independiente y única de las mujeres trabajadoras en predecir la experiencia de la movilidad social a sus hijos varones e hijas mujeres” (p. 385). Beller (2009) lleva a fondo el planteo de la incorporación de la madre para medir el impacto de la misma en la movilidad social intergeneracional, aunque destaca lo limitado de las fuentes existentes.

Li y Singelmann (1998) incorporan conceptualmente una mirada sobre las desigualdades de clase social y género en el estudio comparativo de la movilidad social entre Estados Unidos, Suecia y Alemania Occidental. Esto les permite concluir que “mientras nuestros resultados no han alterado los hallazgos previos basados en varones sobre variaciones nacionales en fluidez, sí sugieren que la exclusión de las mujeres en la investigación sobre movilidad previene la adecuada descripción de los procesos de movilidad y fluidez y las variaciones nacionales dentro de ellos” (p. 330).

Me interesa rescatar el trabajo de Salido Cortés (2001), donde la autora retoma buena parte del debate en torno a la incorporación de las mujeres en los estudios de movilidad social, al tiempo que pone como determinante de las diferencias encontradas en la movilidad social de varones y mujeres a la segregación ocupacional. “Las oportunidades relativas de movilidad social, como indicador del grado de fluidez y de apertura de la estructura ocupacional, parecen responder a un patrón genérico común para ambos sexos (...) Sin embargo, una misma clase de origen no proporciona las *mismas* oportunidades de acceso a las *mismas posiciones* de la estructura social de ambos sexos. El efecto de la segregación ocupacional hace que hombres y mujeres, casi independientemente de su origen social, se encuentren “predestinados” a ocupar posiciones determinadas en la estructura ocupacional” (p. 252).¹⁰ Pero incluso en trabajos sugerentes y de calidad como (Sørensen, 2007) no encontramos definiciones teóricas en torno a la familia o los roles de género.

Una excepción al empirismo descripto lo constituye (Colil Ríos, 2010, pp. 144–145). Es con esta última autora donde encontramos que la teoría de género ingresa a los estudios de movilidad social intergeneracional, de la mano de definiciones próximas a las de Scott, a partir de (Aguirre, 1998) y de un borrador denominado “La desigualdad de género en América Latina”, elaborado por Irma Arriagada en 2009.

Esta inclusión empirista de la categoría “mujeres” a los estudios de movilidad intergeneracional puede deberse a diversas razones (una crítica feministas que no avanzó en

10 Cursivas de la autora

una propuesta propia de analizar la movilidad social intergeneracional; la necesidad de consolidar la “subdisciplina” antes que avanzar hacia la incorporación de nuevas temáticas; el empirismo predominante en el estudio de la movilidad social, producto de una mirada centrada en las técnicas estadísticas).

Las mujeres son incorporadas en el estudio de la movilidad social intergeneracional sin mayores precisiones teóricas. Mujeres y varones aparecen como categorías acríticas de la variable sexo o, por motivos de corrección política, género.

Reflexiones finales: diálogos posibles entre movilidad social y género

La posición marcada por Erikson y Goldthorpe en su conclusión sobre la movilidad social de las mujeres carece de sentido. Nunca fue una inquietud teórica para ellos pensar ni la movilidad social de las mujeres, o bien la diferencia entre la movilidad social de las mujeres y los varones. Se trata más bien de una respuesta política, académicamente fundada, a un problema de investigación ajeno. Su decisión de excluir “las consideraciones de género” del programa de investigación del análisis de clases sólo logra hacer más estrecho a este último, estrechez de la que dieron cuenta Ganzeboom, Treiman y Ultee. De todas formas, esa posición sigue sin hacerse cargo de que la categoría “varones” como la categoría “mujeres” con las que trabaja son categorías definidas históricamente, en el marco de relaciones de poder y no atributos de los individuos. Básicamente, se trata de definir al género como una categoría relacional, de la misma manera que se define la clase social.

De igual manera, es hora de terminar con “la letanía de la clase, la raza y el género” (Scott, 1993, p. 19); (Butler, 2007, p. 279) que acecha a la teoría feminista. En este sentido, es importante que la teoría de género se nutra incorporando, de manera crítica, los avances producidos en el resto de las ciencias sociales.

Es cierto que el postfeminismo de Butler tiene la tensión de disolver los conceptos con los que la teoría de género se ha construido. “El aporte crítico de la deconstrucción al feminismo ha tenido resultados altamente ventajosos que le permitieron abandonar la idea de que la relación entre “mujer”, “género”, “identidad”, “diferencia” es una relación lisa y transparente, unívoca. Pero la desustancialización posmoderna de estas categorías, que la lucha feminista daba por seguras y que usaba como vectores de cohesión política, ha significado también perplejidad y desafíos frente a los nuevos riesgos de dispersión y fragmentación identitaria” (Richard, 2002, p. 100). De igual manera que para la lucha feminista, la teoría de género necesita de esas representaciones para avanzar hacia un conocimiento crítico en el caso de la sociología de la movilidad social. Construir, cerrar conceptos útiles para analizar las relaciones de género es un

desafío de primer orden claro en Scott (1993) pero también en Butler (Femenías, 2003, p. 136-138; Butler, 2000).

Resulta productiva la intercambiabilidad de sexo y género, ya que nos permite entender a varones y mujeres como cisgéneros heterosexuales (Schilt y Westbrook, 2009), habilitando, bajo otra mirada analítica, la revisión de los resultados obtenidos hasta el momento y trabajar críticamente con las fuentes de datos existentes. Pero nos induce a tomar como supuesto que todas las personas analizadas se definirán de esta manera. Esto último no sería un gran problema “estadístico”, pero sí un gran problema teórico. Incluso suponiendo que las situaciones que plantea Butler como géneros paródicos no son mayoritarias, sólo teniendo en cuenta a las mismas se puede dimensionar como estas relaciones de poder atraviesan los procesos de movilidad social intergeneracional.

Me interesa rescatar tres puntos de diálogos posibles entre la teoría de género y la movilidad social. En primer lugar, ambas teorías parecen sensibles a una aproximación a la realidad social desde el punto de vista de los individuos. En segundo lugar, ambas teorías encuentran un espacio para la decisión consciente de los agentes en materia de género y movilidad social, particularmente de los “hitos” de las biografías de las personas. En tercer lugar, el rol de los hogares (Weeks, 2005: 19-20) en como “centros de producción” del género y de la movilidad social.

Emprender el camino de pensar los diálogos posibles entre la teoría de género y la teoría de la movilidad social implica renunciar a esas posiciones cómodas provistas por el chovinismo metodológico (“hay cosas que sólo se pueden ver desde *lo* cualitativo”), el fundamentalismo epistemológico (“hay supuestos epistemológicos incompatibles”) y provincialismo conceptual (“son diferentes disciplinas, diferentes tradiciones teóricas”). Sin embargo, éste camino es el único camino no empirista, es decir, crítico y perdurable, que encuentro para avanzar en la construcción del estudio del lugar de las relaciones de género en los procesos de movilidad social como problema de investigación sociológico.

Bibliografía

- Acker, J. (1973). Women and Social Stratification: A Case of Intellectual Sexism. *American Journal of Sociology*, 78(4), 936–945.
- Aguirre, R. (1998). *Sociología y género: las relaciones entre hombres y mujeres bajo sospecha*. Montevideo: Universidad de la República.

- Ariza, M., y de Oliveira, O. (1999). Inequidades de género y clase: algunas consideraciones analíticas. *Nueva Sociedad*, (164), 70–81.
- Beller, E. (2009). Bringing Intergenerational Social Mobility into The Twenty-first Century: Why Mothers Matter. *American Sociological Review*, 74(4), 507–528.
- Blau, P. M., y Duncan, O. D. (1967). *The American Occupational Structure*. New York: Wiley.
- Breen, R. (Ed.). (2005). *Social Mobility in Europe*. Oxford, New York: Oxford University Press.
- Breen, R., y Luijkx, R. (2004). Social Mobility in Europe between 1970 and 2000. En R. Breen (Ed.), *Social Mobility in Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Breen, R., y Whelan, C. T. (1995). Gender and Class Mobility Evidence from the Republic of Ireland. *Sociology*, 29(1), 1–22.
- Butler, J. (2000). El marxismo y lo meramente cultural. *New LeftReview*, (2), 109–121.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Cachón Rodríguez, L. (1989). *¿Movilidad social o trayectorias de clase? Elementos para una crítica de las sociología de la movilidad social*. Madrid: CIS - Siglo XXI.
- Colil Ríos, P. (2010). *El impacto del género en los patrones de movilidad social intergeneracional en Chile* (Tesis de grado). Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Conway, J., Bourque, S., y Scott, J. (2000). El concepto de género. En M. Lamas, *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG.
- Crompton, R. (1994). *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- De Beauvoir, S. (1972). *El segundo sexo. Tomo 2. La experiencia vivida*. Buenos Aires: SigloVeinte.

- Delphy, C. (1982). Women in stratification studies. In *Doing Feminist Research* (1993raed.). Londres: Routledge.
- Erikson, R., y Goldthorpe, J. (1992). *The Constant Flux. A Study of Class Mobility in Industrial Societies*. Oxford: Oxford University Press.
- Evans, G. (1996). Putting Men and Women into Classes: An Assessment of the Cross-Sex Validity of the Goldthorpe Class Schema. *Sociology*, 30(2), 209–234.
- Evans, G. (1998). On Tests of Validity and Social Class: Why Prandy and Blackburn are Wrong. *Sociology*, 32(1), 189–202.
- Evans, G., y Mills, C. (1998). Assesing the Cross-Sex Validity of the Goldthorpe Class Scheme Using Log-Linear Models with Latent Variables. *QualityyQuantity*, 32, 275–296.
- Femenías, M. L. (2003). *Judith Butler: Introducción a su lectura*. Buenos Aires, Argentina: Catálogos.
- Franco, R., León, A., yAtria, R. (Eds.). (2007). *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, CEPAL, GTZ.
- Ganzeboom, H. B. G., Treiman, D. J., yUltee, W. C. (1991). Comparative Intergenerational Stratification Research: Three Generations and Beyond. *Annual Review of Sociology*, 17, 277–302.
- Sørensen, A. (2007). Family Structure, Gender Roles and Social Inequality. En S. Svallfors, *Analyzing Inequality: Life Chances and Social Mobility in Comparative Perspective*. Stanford: Stanford UniversityPress.
- Goldthorpe, J. (2010). *De la sociología. Números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Boletín Oficial del Estado.

- Goldthorpe, J. H., y McKnight, A. (2004). *The economic basis of social class*. (No. 80). Londres: Centre for Analysis of Social Exclusion, London School of Economics and Political Science.
- Gutiérrez, M. A. (2011). Clases, espacio social y estrategias. Una introducción al análisis de la reproducción social en Bourdieu. En M. A. Gutiérrez (comp.), *Pierre Bourdieu. Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Hayes, B. (1990). Intergenerational Occupational Mobility Among Employed and Non-employed Women: The Australian Case. *Australian and New Zealand Journal of Statistics*, 26(3), 368–388.
- Li, J. H., y Singelmann, J. (1998). Gender Differences in Class Mobility: A Comparative Study of the United States, Sweden, and West Germany. *Acta Sociologica*, 41(4), 315–333.
- Mattio, E. (2012). ¿De qué hablamos cuando hablamos de género? Una introducción conceptual. En J. M. Morán Faúndes, M. C. SgróRuata, y J. M. Vaggione (comp.s), *Sexualidades, desigualdades y derechos. Reflexiones en torno a los derechos sexuales y reproductivos*. Córdoba Capital: Ciencia, Derecho y Sociedad, UNC.
- Meler, I. (2003, June 24). “De hombres y mujeres”. ¿La anatomía es destino?. *Aparato psíquico. Lo igual y lo diverso*. Trabajo presentado en las Jornadas de COWAP en la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Payne, G., y Abbott, P. (1990). Beyond Male Mobility Models. In G. Payne y P. Abbott, *The Social Mobility of Women. Beyond Male Mobility Models*. Hampshire: The Falmer Press.
- Richard, N. (2002). Género. C. Altamirano (Ed.), *Términos críticos de la sociología de la cultura* (pp. 95–101). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva Antropología*, 8(30), 95–145.

- Salido Cortés, O. (2001). *La movilidad ocupacional de las mujeres en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI de España.
- Scott, J. (1993). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. C. Cangiano y L. DuBois (Eds.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Scott, J. (2011). *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica - Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Solís, P., y Boado, M. (Ed.s.). (2014). *Y sin embargo se mueve: estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México: El Colegio de México - CEEY. (en prensa)
- Treiman, D. J., y Ganzeboom, H. B. G. (2000). The Fourth Generation of Comparative Stratification Research. En S. R. Quah y A. Sales, *The International Handbook of Sociology*. Londres: Sage.
- Weeks, J. (2005). *Sexuality*. Ciudad de Nueva York, NY: Routledge.
- Schilt, K. y Westbrook, L. (2009). "Doing Gender, Doing Heteronormativity: 'Gender Normals,' Transgender People, and the Social Maintenance of Heterosexuality". *Gender & Society* 23 (4): 440–464